llanos inmensos que señorea, fertilizando con su riego vivificador los terrenos. Aumente el arte sus caudales, que la desidia y el abandono disminuyen de dia en dia; cúbranse sus márgenes de bajeles que exporten nuestros granos, nuestros caldos, nuestras producciones de todo género, nuestros artefactos de platería y de curtidos; cobre vida el comercio, casi casi moribundo en esta ciudad, y desaparezca la miseria y la desolacion y el monopolio que nos exterminan por momentos, tornando á la hermosa Córdoba, á la opulenta corte del soberbio Almanzor en una triste y silenciosa aldea, donde sólo se ven vestigios y ruinas que llenan de lágrimas los ojos y de luto el corazon.

¡Oh, Córdoba, Córdoba! amada patria mia: permite á mi labio que lamente tus desgracias presentes; permite á mi pecho que se desahogue en copiosas lágrimas al ver tu actual estado, y al recordar tus antiguas glorias, que desaparecieron sin dejar rastro de ellas, como desaparece el relámpago entre las nubes... Mas no, ¡oh ciudad insigne, patria de los Sénecas y de los Gonzalos! no será eterno tu abatimiento. Tus nobles y generosos hijos, los celosos individuos de tu sociedad patriótica lloran conmigo tus desastres, y dedican sus tareas y desvelos á tornarte á tu antiguo esplendor y á tu debida grandeza y majestad. Ellos tuvieron aliento para oponerse varonilmente á la depredacion y barbarie del tiránico gobierno francés, que tenia decretado el último golpe á tu expirante agricultura. Ellos luchando cuerpo á cuerpo con la escasez de recursos de aquella época fatal, alimentaron, animados de la más pura humanidad, á tus infelices habitantes, que iban ya á ser víctimas del hambre asoladora bajo aquel sistema invasor y brutal. Ellos protegen y fomentan la educacion de las niñas desvalidas de tu recinto, que serian sin sus desvelos presa tal vez del desenfreno y de la desmoralizacion. Ellos han traido á tu territorio máquinas útiles al cultivo de tus campos. Ellos, en fin, penetrados de que sin ilustracion no hay ni puede haber prosperidad, han fundado y patrocinan con esmero una academia general, que sea centro de las luces, y de donde se difundan á derramar su benéfica influencia por tu seno con gloria y ventaja tuyas, y lustre de la nacion entera. Pues ciertamente en tí que fuiste emporio de la sabiduria bajo el imperio sarraceno, y en tí cuna de los mayores ingenios del mundo; deben ser cultivados todos los ramos del saber humano como en su propio trono. Sí; los miembros de tu sociedad patriótica, tus amorosos hijos, tus celosos gobernantes se sacrificarán gustosos por tu bien, y no contentos con los pasos hasta ahora dados por engrandecerte, redoblarán sus esfuerzos, y promoviendo tu educacion pública, fomentando tu agricultura, resucitando tu industria, animando tu comercio, cooperando á facilitar tu navegacion interior, y protegiendo las ciencias y las artes, brotarán de nuevo en tu seno las virtudes, las riquezas y la felicidad.

¡Oh individuos de esta respetable corporacion! ¡oh ilustres y generosos conciudadanos! No os asombre lo colosal de mis ofertas: ni os aterre tampoco el lastimoso cuadro de infortunios que os ha presentado mi discurso, pues aunque son harto ciertos por desgracia, no son enteramente irremediables. Mucho pueden alcanzar nuestros esfuerzos, y si no nos concede el destino ver en nuestros dias el feliz resultado que anhelamos, preparemos á lo ménos el camino por donde lo consigan los que nos sucedan en tan digno empeño, y siempre la gloria será nuestra. Los grandes males públicos no se remedian instantáneamente. Es necesario el tiempo, es indispensable la constancia. Luchemos con las dificultades, despreciemos el frio ceño del egoismo, los sarcasmos de la ignorancia, las maquinaciones de la maldad, las asechanzas de la supersticion; y sigamos majestuosamente nuestra marcha hácia el bien, como el sol venciendo las negras nubes y las espesas nieblas camina sin que nada le interrumpa por la vasta inmensidad de los cielos derramando torrentes de luz y vivificando cuanto existe en la naturaleza. Nuestro celo podrá excogitar recursos, nuestro ejemplo animar á los que por falta de temple de alma no se deciden á lo bueno, aunque lo conozcan; nuestros clamores para despertar la generosidad de los poderosos propietarios y capitalistas á que abran sus inútiles tesoros para dar cima á nuestros proyectos de utilidad pública, y nuestras súplicas, y nuestras reverentes reflexiones romperán las trabas que la entorpezcan. Sí; no serán infructuosos nuestros afanes, conseguiremos nuestro sublime objeto. Animo, ilustrados y generosos compatricios: las luces del siglo, que se estarcen por todas partes con radiante esplendor, el celo de nuestros activos magistrados, y la proteccion de nuestro católico Monarca, que honra con decidida proteccion las sociedades patrióticas de España, nos convidan á redoblar nuestros esfuerzos en bien de la deliciosa provincia cordobesa. Animo, y no desmayemos jamás.

¿Qué ocupacion más grata que la de desvelarse noche y dia por la felicidad de nuestra patria y de nuestros semejantes? ¿Y quién puede llenarla más santamente, más á cubierto de los tiros de la envidia, que nosotros, que en esta ocupacion nos constituimos sin más interés personal, sin más esperanza de premio que la satisfaccion que resulta á los pechos sensibles y virtuosos de haber hecho algo en favor de la menesterosa humanidad?... Este es el único galardon que apetecemos, galardon el más rico y esplendente. Las riquezas, los honores, y áun la fama misma, suele repartirlas injustamente el capricho, la parcialidad y la ignorancia á los séres más inútiles y tal vez más perjudiciales de la tierra; pero la interior complacencia de haber obrado el bien, es siempre la corona de la virtud, corona más apreciable, más esplendente, más encantadora que la que ciñe las sienes de los soberanos, y que las murales y triunfadoras que dieron á sus héroes las antiguas naciones.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA LA TARDE DEL 29 DE OCTUBRE DE 1834

SEÑORES:

Al tener la honra de tomar asiento en esta sala, como individuo de la Academia Española, veo cumplido uno de mis más ardientes deseos, que me ha acompañado como una ilusion, como un imposible, en mis peregrinaciones y desventuras. Y ahora que la instabilidad de la suerte y la bondad de los ilustrados académicos que componen esta corporacion respetable han realizado, sin merecerlo yo, mi anhelo de tantos años; no desahogaria mi corazon si no les manifestara mi cordial agradecimiento.

Idólatra por instinto de mi lengua nativa desde mi infancia, la he cultivado con teson, ya que no con buen éxito, toda mi vida... ¿Y cómo podia dejar de apasionarme de tan hermoso idioma, habiendo sido educado en el Real Seminario de Nobles de esta corte, cuando la expedicion de Catalanes y Aragoneses, escrita por Moncada, era el primer libro que, despues de la cartilla, ponian en nuestras manos, y cuando en el curso de nuestros metódicos estudios, Garcilaso, Cervantes, Herrera, los tres Luises, Mendoza, Mariana, Solís, Melendez y Jovellanos eran los autores con quienes nos familiarizaban? Acostumbrado, pues, á estudiarlos de dia y de noche, y á retener sus mejores trozos en mi memoria; imitarlos y aun copiarlos fué mi único anhelo, desde que en mi primera juventud empecé á cultivar las letras, y á dedicarme casi exclusivamente á la poesía: pugnando siempre por dar á mis frases y períodos el sabor peculiar de nuestra lengua, y el giro establecido por nuestros buenos escritores. No soy tan jactancioso que crea haberlo conseguido; pero lo alego como mérito, porque lo es siempre el trabajo constante empleado para llegar á un fin glorioso, áun cuando éste no se consiga, por debilidad de las propias fuerzas, en que no tiene dominio alguno la voluntad. De lo que sí me jacto, señores, es de haber mirado siempre con horror la plaga bárbara de modismos peregrinos, de frases advenedizas, y de palabras exóticas, con que afearon y corrompieron nuestra hermosa lengua castellana la turba de traductores famélicos, que apareció en nuestro suelo, desde que el trastorno político y la mudanza de dinastía, ocurridos el siglo último, nos hicieron de mal grado ver, oir, pensar y hablar á la francesa. Por lo mismo, pues, que siempre miré con horror el daño incalculable hecho así al habla hermosa de mis abuelos; no aparté nunca los ojos de esta corporacion ilustre, creada por providencia divina al mismo tiempo que nació el mal, como para combatirle y deshacer su maléfica influencia; y este objeto lo ha tan completamente llenado la Academia que pudiera decirse que el crisol que le sirve de emblema, apareció desde luégo, y ha ardido siempre como un faro que enseña la entrada del puerto seguro, entre las tinieblas de la noche, y la confusa ceguedad de los hinchados mares. Conocidos son los esfuerzos de la Academia Española por conservar puro y con mejoras el depósito que se confió á su celo: su gramática, y su diccionario, y las obras premiadas por esta ilustre corporacion en los certámenes públicos, han sido sin duda los puntales que han impedido el desplome total del edificio.

Cuando llegó el memorable año de 1808, en que nuestra patria recobró su grandeza, y volvió á ser España; á pesar del estruendo de las guerras y de las fatigas de aquella época gloriosa y trabajada; las ideas nacionales dieron nuevo impulso á la lengua nacional; y hasta en los partes de oficio y en las comunicaciones militares se empezaron á saborear las ventajas de un estilo castizo y español. Y muy luégo en la tribuna pública se oyó hablar la lengua de la patria con gala y con pureza, y vimos crito, de frases que yacian en el olvido, y que volvieron á aparecer como triunfando de las introducidas del idioma de los invasores... El término de aquella guerra gloriosa no está olvidado, ni se olvidará en muchos siglos, como tampoco los seis años que por desgracia le siguieron, ni otra época de corta duracion y harto borrascosa que vino despues; tiempos todos poco favorables al cultivo de las letras y al adelanto del idioma. ¿Y en los últimos diez años habrán podido por ventura hacer aquéllas muchos progresos, y encontrar éste grandes ventajas?... No me toca á mí, señores, deslindar este punto... A fines del infausto año de 1823 salí prófugo y proscrito de esta patria, por cuya independencia derramé mi sangre, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia; y el no oir la dulce habla de mis mayores, fué acaso la privacion más grande y una de las más dolorosas que he padecido durante mi prolongado destierro. Aunque para suplir la falta de la voz viva de mi idioma patrio, un Quijote, y la coleccion de poesías castellanas desde tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, maestramente escogidas y diestramente coordinadas por un literato insigne, que me escucha y con cuya amistad me honro; me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones... ¡Cuántas veces bajo los gigantescos árboles de los bosques de Kensington, en medio del borrascoso mar Cantabrio, en las verdes aguas del Mediterráneo, entre los risueños riscos de Piombino y de Montenovo, sobre los dorados escollos de Malta, al través de las deliciosas islas del mar Egeo, en las apacibles márgenes del Loira, y en los simétricos jardines de Versalles, he hecho resonar al ambiente (el ambiente que no habia nutrido mi infancia y que estaba lleno de susurros, de idiomas para mí desapacibles, porque al cabo no eran el que mamé en la cuna), con una estancia de Garcilaso, con un soneto de Lope, con una quintilla de Gil Polo, con un sabroso párrafo de Cervantes!... Sí, muchas veces; y la estancia, el soneto, la quintilla y el párrafo, pronunciados por mí con voz doliente y pecho palpitante, y repetidos con sorpresa por los ecos extranjeros, ó me exaltaban deliciosamente con engañosas ilusiones de lo pasado y del porvenir, ó me sumergian en aquel recogimiento profundo que inspiran la desgracia y la persecucion no merecidas, y de que nacen la resignacion á los decretos del cielo y el desprecio amargo de la injusticia de los hombres. Sí, señores; así como Mr. de Chateaubriand se vanagloria de haber bebido siempre en los rios célebres que atravesó durante sus peregrinaciones y varias fortunas; yo me glorío, y creo que con más razon, de haber hecho siempre resonar en alta voz mi idioma patrio por cuantos mares y por cuantas tierras me ha arrastrado mi adversa suerte.

Llegó por fin el venturoso dia en que apiadado el Omnipotente de las lágrimas de los buenos y de los desastres del pueblo español; dispuso remediar sus males y poner término á sus desventuras. Apareció la inmortal *Cristina*, así como aurora de un nuevo dia de gloria y de prosperidad. Su mano benéfica abrió las puertas de la patria, con honra, á los injustamente proscritos; y yo, uno de ellos, volví á su seno y á los brazos de mi familia, causándome al atravesar el Pirineo el oir nuevamente el

idioma español una sensacion de placer inexplicable, que sumergió mi alma en un delicioso delirio, donde se borraron de mi memoria mis largos padecimientos... Abusando estoy sin duda de la benignidad con que soy escuchado, hablando inconsideradamente de mí mismo... Discúlpeseme este extravío... ¡Es tan dulce para los que desgraciados fueron el recordar sus infortunios cuando es pasado el mal influjo de las estrellas, que siempre se mezclan sus recuerdos con cuanto piensan, hablan y escriben!

He recordado la decadencia de nuestro idioma, que si bien empezó, como era forzoso, con la decadencia de la monarquía y con el menosprecio de nuestras instituciones saludables, cayó en decrepitud en el deplorable reinado del imbécil Cárlos II; y murió, por decirlo así, poco despues con la desnaturalizacion de estudios y de preceptos, que siguió como era regular á la violenta desnaturalizacion de ideas y de intereses nacionales. Y he dicho tambien que esta ilustrada Academia fué la guardadora única de la pureza del lenguaje patrio; y lo fué y lo ha sido ayudada por algunos pocos escritores, que *apparent rari nantes* en el largo período transcurrido desde la extincion de la dinastía austriaca; y por los esfuerzos del Sr. D. Cárlos III, príncipe á quien entre otros mayores beneficios debe mucho España por sus esfuerzos para restaurar las letras y el habla de nuestros antepasados. Pero la Academia no podia ser más que su conservadora, ó por mejor decir el santuario en que se guardaba su última llama trémula y moribunda; aquellos raros escritores, estrellas fugitivas; y los deseos de un monarca, infructuosos; cuando la fuerza de las circunstancias tenia aprisionado al ingenio y viciadas las fuentes del saber. La censura, la inquisicion, el fanatismo, y una política equivocada y opresora, no son elementos que producen escritores, y no habiendo escritores no hay idioma. Los idiomas crecen con el siglo, adelantan con la sociedad, se nutren con los nuevos descubrimientos de que nacen nuevas ideas, se perfeccionan con el uso libre é ilustrado. Pero cuando no tienen estos caminos por donde ensancharse y medrar, se estancan cuando se estanca la civilizacion, retroceden, se pierden y se confunden con los idiomas extranjeros, que siguen como un torrente el curso de los progresos humanos. Así ha sucedido con el español, un dia dominante en ambos mundos; hoy circunscrito, con grandes mermas y desmejoras, á los límites de nuestra Península.

Afortunadamente comienza otra época más venturosa, que así como será de regeneracion para nuestra patria, lo será para nuestra lengua. La juiciosa libertad que empieza á restablecerse en España, con la oportuna restauracion de nuestras antiguas leyes fundamentales, que pronto se desarrollarán majestuosamente, cual lo exige el interés público, no tardará en ponernos al nivel de las naciones civilizadas, y dará por consecuencia un nuevo impulso á nuestro idioma, al dar nueva fuerza y nacionalidad á nuestros pensamientos. Quitadas las trabas al ingenio, prenda española, como produccion de este suelo feraz y delicioso, ó como influencia de ese cielo trasparente y magnífico que nos cubre, volará de nuevo y sacará de los espacios inmensurables de la imaginacion tesoros abundantísimos en que hacer alarde de la pompa y gala del castellano, en que resucitar sus gallardas frases olvidadas, en que enriquecerlo con nuevos giros, que no dejan de ser castizos por ser originales. Familiarizados los españoles con las ciencias modernas, amoldarán su lenguaje á la precision y claridad con que deben tratarse tales materias. Abierta la comunicacion franca con las naciones ilustradas, que tantos pasos nos han aventajado, durante el último siglo, en la carrera del saber y del buen gusto, nos aprovecharemos de sus adelantos, y para levantar nuestra literatura, y por consiguiente nuestro idioma, veremos que hay muchos caminos por donde cultivar con feliz suceso las letras; que los impulsos internos, las inspiraciones espontáneas y la índole propia del gusto nacional, no deben de ser repelidos y desechados; y que áun los preceptos ménos controvertidos, no pueden hacer más que indicar los escollos que se han de evitar, pero no reducir á uno solo los infinitos y apartados rumbos que pueden seguirse con buen éxito. Cultivadas con entera libertad las ciencias políticas y morales, producirán escritores que fijen y pulan y perfeccionen nuestra lengua, haciéndola más lógica y un tanto ménos vaga y redundante, mejoras imposibles de conseguir en otra época no tan ilustrada como la presente, y en la cual los que escribieron de estas materias forzosamente hubieron de perderse en las argucias y sofismas del escolasticismo.

Pero los elementos que más levantarán el habla española en esta nueva y feliz época de la libertad, serán indudablemente el *teatro*, *la sociedad* y *la tribuna pública*. En el *teatro*, cayendo á par de las preocupaciones políticas las literarias, y animados nuestros poetas con el ejemplo de los más insignes de que hoy blasona la Europa culta, veremos revivir los ingenios de Lope, de Calderon, de Moreto, de Alarcon y de Solís. Y con el cultivo de la comedia española, cual ellos la concibieron y fundaron, renacerán aquellas frases discretas y corteses, aquella conversacion amena y picante, aquella expresion feliz de los humanos afectos y un buen gusto y cultura universales; quedando en el olvido (que ya es tiempo) los fríos y compasados diálogos franceses, las ya caducadas frases de la corte de Versalles, y el giro de conversacion cortado, violento y opuesto totalmente á nuestro modo de ver y de sentir. *La sociedad*, que empezará á gustar las delicias de la cultura, y que verá con pasmo que el pensar y el escribir no son orígen seguro de persecucion; aficionada ya á los admirables romances de Walter Scott y á la sublime originalidad de Lord Byron y de Victor Hugo, animará á algunos ingenios privilegiados para que resuciten nuestras viejas crónicas y olvidados romances en novelas históricas, donde la variedad de situaciones ofrezca márgen ora á imitar los largos períodos narrativos de Mariana, ora las escogidas y simétricas frases de Solís, ora las festivas y sonoras cláusulas de Cervantes, ora los apasionados capítulos de Fr. Luis de Granada. *La tribuna pública* abre el más ancho y hermoso campo á la elocuencia, para en él trabajar y perfeccionar el lenguaje, ya desplegando toda su pompa y majestad en los discursos de aparato, ya toda su abundancia y elasticidad en presentar los argumentos y raciocinios, ya amoldándole á la precision indispensable en los cálculos, y á la pura y sencilla claridad con que deben controvertirse los negocios de interés general.

Nuestra lengua, la más magnífica y sonora de las modernas de Europa (aunque perdone la italiana), necesita cultivo, no nos alucinemos, necesita cultivo para ponerse al nivel de las otras que valen esencialmente mucho ménos que ella. Necesita el cultivo del saber, bajo la sombra de la libertad. Necesita cultivo, para unir á su pompa y gallardía la precision, economía y abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del idioma francés. Aquél ha adquirido sus dotes inapreciables en los debates parlamentarios, en el espíritu de asociacion, en la abundancia de escritores especulativos, en la cantidad crecida de sus poetas filósofos. Este ha adquirido sus ventajas en los salones y teatros, en la ilimitada libertad de pensar y escribir, en los adelantos de la civilizacion.

En tanto nuestra lengua, formada mucho ántes que éstas de que acabo de hablar, y perfecta y adulta cuando aquéllas estaban en la infancia más ruda, paralizada de pronto cuando se hallaba sólo reducida á crónicas, á autores ascéticos, á varios libros de pasatiempo, y á poetas que tenian que perder las fuerzas de un ingenio colosal en descoloridas copias, en fruslerías y en vanas amplificaciones, se acogió al teatro, que era el campo de sus triunfos: pero muy luégo un perverso gusto, hijo de una época fatal, la arrojó tambien de aquel último atrincheramiento. Paralizada, pues, vuelvo á decir, por no decir retrógrada, cuando comenzó el rápido progreso en que tan corta parte ha tomado nuestra desgraciada nacion, se ha conservado afortunadamente en este santuario, pura, ya que anduviese desfigurada en el uso comun, para que pueda ahora aprovechar las felices circunstancias de regeneracion universal que nos ofrece el cielo propicio. Aprovéchese, pues, de ellas nuestra lengua patria, brille cual le compete, no sólo como la más sonora y majestuosa, sino como la más culta, preciosa y pulimentada de cuantas suenan en el mundo; y sea la gloria de esta corporacion ilustre, que nos la guardó y conservó durante su adversa fortuna.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EL DIA 24 DE ABRIL DE 1853

SEÑORES:

Es tan grande la emocion que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia; que dudo si mis labios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en mi mente, los afectos que arden en mi corazon. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta corporacion insigne dignándose de abrirme sus puertas, y de concederme asiento entre sus claros varones, ha llevado aún más allá el exceso de sus bondades, señalando este dia solemne en los fastos de la Academia para recibirme en su seno, y para que mi débil voz resuene por primera vez en el santuario de la Historia.

Porque hoy es, señores, el dia señalado para coronar el acierto de los escritores que han sobresalido en el exámen de los dos puntos históricos interesantísimos que propuso esta Real Academia á las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento; y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifiesta pública y solemnemente el estímulo y el empuje que da á la ciencia, premiando del modo más lisonjero y más honroso á los que en su cultivo sobresalen.

¡Digno empleo ciertamente de esta sábia é ilustre corporacion el de estimular y recompensar el estudio de la historia! De la historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que da lecciones severas y graves á la presente, y que lega avisos importantísimos á las venideras. De la historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso á paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales. De la historia, en que se ve y se estudia el curso, lento sí, pero seguro, con que atravesando los obstáculos de sus propias pasiones, y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar una miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sábias leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo á la palabra; hasta levantar el Coliseo y la cúpula de San Pedro y el monasterio del Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin más impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilizacion moderna, en fin, con la que ha llegado á ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio más interesante, más alto, más sublime que el de la historia; porque el estudio de la historia es el estudio de la humanidad, y al mismo tiempo el estudio de la Providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la historia, cuánto el hombre puede y alcanza, más que por su organizacion física, la más perfecta de todos los séres, por la fuerza oculta del soplo de vida, del alma inmaterial é imperecedera que le infundió el Omnipotente, y se estudia y se comprende la lucha eterna en que su frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los extravíos de su inteligencia; tambien en las páginas de la historia se contempla, se estudia, se comprende cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda; y dejándolo caminar por ella libremente y segun los impulsos del libre albedrío, lo empuja benéfica ó lo detiene justiciera, segun marcha hácia el fin ó retrocede del fin á que lo tiene destinado para sus miras santas é inescrutables.

Si del estudio de la historia general pasamos al de la particular de cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y este interés y esta utilidad suben á su más alto punto cuando se trata de la historia de la propia nacion. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran ó vituperan son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son más aplicables al tiempo presente; pues la vida de los

distintos pueblos es como una cadena, cuyos eslabones van enlazados los unos en los otros desde el primero hasta el último, y en la vida de las naciones hay una lógica inflexible, porque todos los sucesos son siempre consecuencia indeclinable de los que les han precedido.

El estudio, pues, de la historia patria es el más útil, el más interesante, el de mayor importancia; y al estudio, á la rectificacion y al engrandecimiento de la historia patria, dedica especialmente sus trabajos, sus investigaciones y sus afanes la Real Academia á quien tengo la honra de dirigir la palabra. Y me es forzoso decir, aunque ofenda su modestia, que cumpliendo tan honroso empeño ha prestado y está prestando los más útiles y brillantes servicios á la ciencia y á la nacion.

La Academia ha sacado del oscuro polvo de los archivos á la luz pública los documentos más preciosos, que refieren y atestiguan hechos gloriosísimos de nuestros mayores y que patentizan los progresos de la civilizacion en nuestro suelo y los pasos que ha ido dando desde los más remotos siglos. La Academia ha evocado de la tumba del olvido esclarecidos nombres y notables hechos, sin cuya noticia era imposible dar el verdadero valor á posteriores hazañas, ni comprender y explicar posteriores acontecimientos. Y no sólo ha hecho un gran servicio á la ciencia con la publicacion de interesantes documentos casi desconocidos, y que dan gran luz á la historia de nuestro país, sino tambien restableciendo el texto íntegro y correcto de antiguas crónicas y aclarando completamente la verdad de hechos que andaban desfigurados por la tradicion ó en las obras de ligeros, apasionados y extraños escritores. Y no es menor servicio el que ha prestado esta ilustre Academia, salvando de su total ruina ó desaparicion documentos del mayor interés, que estaban diseminados en manos ignorantes que no conocian su valor; ó que en las mismas antiguas bibliotecas hubieran emigrado ó perecido en los modernos trastornos y en tiempos fatales, en que se miraban estas preciosas joyas, ora con extremada codicia, ora con extremada indiferencia.

Y no sólo los documentos escritos han sido el objeto de las investigaciones de este ilustre cuerpo y el fundamento de sus trabajos. No, con igual afan y no menor acierto, me complazco en decirlo, se ha desvelado por investigar, por estudiar, por adquirir otros aún más importantes, aún más auténticos, aún más elocuentes que los escritos. Los que lo están con caractéres de piedra y de metal en los antiguos monumentos injuriados por los siglos, en las murallas derruidas y castillos desmantelados, que pregonan una lucha encarnizada de ocho siglos entre dos razas, entre dos religiones distintas; en las basílicas, testimonio de la piedad de nuestros héroes, en los quebrantados sepulcros, en las rotas lápidas, en las casi borradas inscripciones, y en los incompletos utensilios de hierro y en las armas enmohecidas, y en las medallas y en las corroidas monedas, que se encuentran sepultadas en la tierra y sobre las que en vano se estampó la huella asoladora de los siglos. Documentos todos de altísima importancia, porque son irrefragables y aseguran la existencia y la autenticidad de grandes nombres, de grandes hechos; porque atestiguan de un modo positivo el estado de las creencias, de la civilizacion, de las artes en el tiempo en que se construyeron; y porque sus fechas y las épocas que por su forma, por su esencia, por su uso, por su carácter particular designan de una manera positiva é incontestable, dan seguros datos á la cronología, sin la que nada vale, nada dice, nada enseña la historia.

Pero no eran bastantes para satisfacer el celo ardiente de esta sábia corporacion los servicios que acabo de recordar á tan respetable auditorio, y que ha prestado sin desmayar ni un punto en sus sábias tareas, desde que debió su fundacion á la munificencia del señor rey don Felipe V, de feliz memoria. Pues animada hoy con la altísima proteccion que le dispensa bondadosa la augusta descendiente de aquel monarca, la ínclita Isabel II, que para bien de las Españas ocupa felizmente el trono de San Fernando, ha querido llevar aún más allá sus esfuerzos y promover y estimular á los escritores españoles á que trabajen para ilustrar la historia patria, ofreciéndoles los honrosos premios que hoy van á adjudicarse, y proponiendo los asuntos que le parecieron más convenientes para que se ejercitasen los entendimientos y las plumas de los que quisieran disputar la corona en tan honrosa y lucida palestra.

Y, ¿qué asunto más grande, más filosófico, más trascendental que el *Exámen histórico crítico del influjo que haya tenido en la poblacion, industria y comercio de España, su dominacion en América?* Este fué uno de los asuntos propuestos por la Academia. Y fué el otro la *Historia del combate naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso.* ¿Quién podrá desconocer, señores, el acierto de la eleccion y el ancho campo que ofrecen tan oportunos argumentos al estudio, á la reflexion y á la crítica?

Cuando España, despues de la reunion de los dos grandes reinos en que estaba dividida, formó un verdadero cuerpo de nacion, y cuando acababa de lanzar de su suelo los últimos restos de las razas de Oriente, que por espacio de ocho siglos fueron sus opresoras; y cuando se constituia en una sola y grande monarquía, cuyo dominio no se encerraba sólo en el ámbito de la península, sino que se extendia por la rica y esclarecida Italia, llamó á sus puertas un hombre oscuro, un soñador extranjero, un pobre piloto genovés, á quien Dios habia marcado con el sello de su omnipotencia, dándole una fe ardiente, una perseverancia heróica y una idea sola y fija, tan nueva como lo desconocido, tan elevada como los astros, tan grande como el universo. Los monarcas y los poderosos de la tierra le habian negado su acceso, como á un absurdo arbitrista; los sabios de la tierra lo habian desdeñado, como á un iluso extravagante; los pueblos de la tierra lo habian escarnecido, como á un desdichado demente. Pero la grande Isabel, gloria de su siglo y predilecta del Señor, vió á aquel hombre y lo oyó, y conoció que era un instrumento de la Providencia, instrumento para llevar á cima un altísimo designio. Y comprendió al ente extraordinario y lo admiró y le ayudó á la obra desconocida con su convencimiento, con sus tesoros, con su firme y soberana voluntad. Y España, que ya tenia un cardenal Mendoza, un Cisneros y un Gran Capitan, tuvo como donativo de su Reina, un Cristóbal Colon, y con él un nuevo y desconocido mundo.

Sí, conducido por la mano de Dios aquel instrumento de su omnipotencia, atravesó en frágiles naves españolas desconocidos mares, siguiendo el curso del sol, y descubrió las inmensas y ricas regiones de Occidente, que el heroísmo y la noble espada de Hernan-Cortés y el arrojo y la dura lanza de Francisco Pizarro añadieron, con eterna gloria del nombre español y exaltacion de la religion cristiana, á la monarquía española, haciéndola la más grande, la más opulenta, la más poderosa de la tierra.

Este acontecimiento, de tanta influencia en el mundo, ¿cómo no habia de tenerla en la nacion que lo habia llevado á cabo? Aquellas regiones inmensas, despobladas, vírgenes, las más feraces del globo, ¿cómo no habian de llamar á su seno á sus señores de Europa, del país trabajado y empobrecido con tantas y tan pertinaces guerras, y poco despues despedazado con tantas disensiones y ensangrentadas controversias? Aquellas montañas preñadas de preciosos metales, ¿cómo no habian de despertar la codicia de sus nuevos poseedores? Aquellos extensos páramos, y aquellos enmarañados bosques, ¿cómo no habian de necesitar de los esfuerzos de la industria para ser fructíferos y debidamente beneficiados? La necesidad de estar en continuo contacto con aquellas remotas playas, ¿cómo no habia de influir en la navegacion? Y los ricos productos de aquellos climas, y las necesidades de sus nuevos señores, ¿cómo no habian de dar un nuevo impulso al cambio, un nuevo ensanche al comercio? ¿Y qué influencia no debieron ejercer en las costumbres y en el carácter de nuestros padres el orgullo de tan prodigiosas conquistas, las inesperadas riquezas que se derramaron por la península, las nuevas necesidades que el uso de las producciones peculiares de América introdujeron, y por el ancho campo que aquellos vastos y remotos países ofrecian á peregrinas aventuras, al rápido engrandecimiento, al hallazgo de tesoros incalculables, y hasta al refugio é impunidad de los díscolos y malhechores?

Si la influencia de aquel portentoso descubrimiento, y de la conquista y posesion de aquellas vastísimas regiones, fué perjudicial ó provechosa para España, es cuestion muy debatida por filósofos y economistas, y en que se han exagerado, como siempre acontece, las razones de unos y otros, ya con graves y fundados argumentos, ya con sutiles y brillantes sofismas. No es de mi propósito entrar en ella, pero diré de paso: que ciertamente el descubrimiento de aquellos vastos países, y las riquezas que ofrecian, ocasionaron una emigracion de que pudo resentirse nuestro suelo, que el raudal de oro y de plata que envió América á nuestros puertos hizo innecesario el trabajo, con perjuicio notable de la industria y de la agricultura, que creció entre nosotros el amor á las aventuras y á buscar fortuna sin más medios que la osadía. Pero creo firmemente que si nuestros reyes, empeñados, por desgracia nuestra, en las guerras de Flandes, y en contrariar la dominacion francesa en Italia, hubieran conocido la importancia del nuevo Continente, y si se hubieran aplicado principios económicos más acertados á la administracion de aquellos países; y si la eleccion de los funcionarios públicos enviados á regirlos y administrarlos hubiese sido más severa y acertada; y si se hubiera en fin dado mejor empleo á los inmensos caudales que de allí venian, acaso aun se llamáran españolas aquellas extensas regiones y fuera hoy mi adorada patria la primera nacion del mundo.

El combate de Lepanto, si no es asunto de tanta magnitud como el que acabo de mencionar, fué suceso de tal importancia para la cristiandad y para Europa, y tuvieron en él tan señalada participacion las fuerzas navales españolas, que su recuerdo, su descripcion, y el exámen de sus consecuencias, son empleo digno del ingenio descriptivo, del estudio observador y del vuelo de una elegante pluma. En Lepanto se hundió para siempre el formidable poder otomano, azote de la cristiandad y de la civilizacion, propagador de la esclavitud y del despotismo, y último representante de las irrupciones de bárbaros que tantas veces trastornaron el Mediodía y el Occidente de Europa. En Lepanto las naves españolas figuraron en primer término; un excelso príncipe español mandó en jefe la escuadra Católica; allí se distinguió como siempre, acrecentando su gloria, el famoso don Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz; y allí, en una de las galeras vencedoras, de las que más levantaron el nombre español, perdió la mano izquierda un oscuro soldado de ninguna importancia; pero este oscuro soldado de ninguna importancia era Miguel de Cervantes, á quien el cielo conservó la mano derecha, para que manejando con ella, en vez de la espada la pluma, eternizara la lengua española, escribiendo un libro gigante, que es nuestra primera gloria literaria y que vivirá cuanto viva el mundo.

¿Pero cómo los trabajos de la Real Academia de la Historia no habian de ser de tanta utilidad para la ciencia, de tanto alcance para la instruccion pública, de tanto lustre para la Nacion, y no habia de merecer el mayor aprecio de otras sábias corporaciones extranjeras, si han cooperado siempre á ello los más claros y estudiosos varones, y los primeros sabios de nuestro país, que han dejado al público, al archivo de esta Corporacion y á la memoria de sus discípulos é imitadores, luminosos rastros de su saber y de sus fructíferas tareas?

Prolijo seria hacer un catálogo de hombres eminentes que han pertenecido á esta Real Academia desde su fundacion. Pero me es imposible no hacer mencion en este dia solemne de esclarecidos académicos, cuya reciente pérdida lamentamos, y que han dejado al bajar al descanso del sepulcro un nombre eterno coronado con la gratitud, que siempre tributan las naciones á los que han contribuido eficazmente á su ilustracion.

¿Quién no pronuncia con profundo respeto el esclarecido nombre de don Martin Fernandez Navarrete, que trabajó por espacio de sesenta años en averiguar, referir é ilustrar las hazañas de nuestros célebres marinos desde los más remotos tiempos? ¿Quién olvidará al modesto don Diego Clemencin, cuyos trabajos históricos son de los que más lustre han dado á esta Academia? ¿Quién no admira la alta capacidad del noble conde de Toreno, que en una obra monumental ha eternizado el período más glorioso de nuestra historia? ¿Quién, en fin, no elogia al egregio duque de Frías, que tan profundos conocimientos poseia en historia patria, que tan importantes servicios hizo militares y diplomáticos, y á quien los inspirados acentos de su lira, siempre grandes, siempre aristocrática, siempre española, aseguran un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad? No porque recuerde sólo estos personajes, se crea que desestimo y dejo en olvido otros no ménos célebres de beneméritos académicos, cuyos nombres y cuyos trabajos merecen eterna gloria y gratitud imperecedera. Pero siéndome imposible recordarlos á todos en este discurso, aunque á todos admire y aprecie la amistad con que me honraron y favorecieran estos de que he hecho mencion, las lecciones sábias que me dieron en su trato familiar, íntimo y frecuente; el haber corrido con ellos casi las mismas vicisitudes en estos azarosos tiempos, y el estar aún calientes sus cenizas, me han arrancado esta demostracion sentida de una verdadera amistad. Sean, pues, mis palabras como las flores que se esparcen sobre las tumbas, que encierran restos queridos y venerados.

Si tan altas, tan importantes, tan fructíferas han sido siempre las tareas de la Real Academia de la Historia; si tan sabios y esclarecidos varones se han honrado llamándose sus individuos, ¿cuál será mi confusion y mi gratitud al verme, tan sin merecerlo, llamado á formar parte de esta sábia corporacion? ¡Ojalá me hubiese dotado el cielo con la más alta inteligencia, y concedido una vida más sosegada y ménos angustiosa, para haber podido dedicarme con más aprovechamiento á los elevados estudios de la ciencia de la Historia, por la que siempre he tenido particular predileccion! Tal vez me seria ahora posible traer el tributo de mis vigilias y desvelos á este ilustre cuerpo. Mas ya que no me sea concedido tanto, le ruego humildemente que se digne de recibir benévolo el pobre homenaje de mi profundo reconocimiento.

BREVE RESEÑA

DE LA HISTORIA DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS (1)

I

Al escribir una breve reseña histórica del reino de las Dos Sicilias, deberíamos ceñir nuestro trabajo al período de tiempo trascurrido desde que emancipados los antiguos reinos de Nápoles y de Sicilia de toda dependencia y dominacion extranjera, formaron un solo y estable cuerpo de nacion, un estado independiente, una monarquía compacta, que existiendo con vida propia, empezó á figurar y á tener importancia entre las potencias europeas. Pero como los acontecimientos humanos son una cadena no interrumpida, cuyos eslabones enlazados con el curso de los tiempos, forman un todo en que hay grande armonía, por ser unos y despues otros siempre el resultado de los que los preceden; y habiendo sin duda preparado la emancipacion del reino de las Dos Sicilias, bajo el cetro de un príncipe español, la larga dominacion de España por más de dos siglos en aquellos países, daremos una rápida ojeada á su historia general, para entrar tal vez con más acierto en el trabajo que nos proponemos.

La Grecia, aquella nacion privilegiada á quien confió la Providencia la civilizacion del género humano, se extendió desde su infancia, grande y emprendedora, en colonias y establecimientos, por el Mediodía de la Italia, ilustrando y civilizando aquel país predilecto de la naturaleza, que tomó desde luégo el nombre de Magna Grecia. Fundaron, pues, los griegos en el continente á Sibaris, Locros, Regio, Posidonia y Cumas; y en la isla á Messana, Catona, Siracusa, Agrigento, Panormo y otras, que produjeron guerreros ilustres y filósofos esclarecidos, y de las cuales muchas son hoy ciudades florecientes é importantísimas.

Pronto, Roma, destinada á ser la señora del universo, tomó posesion de las tierras situadas al Sur de Italia; al mismo tiempo que Cartago dueña de los mares, ocupó á Sicilia. Pero los romanos extendiendo sus conquistas por los ásperos montes de la Calabria, pasaron el estrecho y arrojaron de aquella isla á los cartagineses, haciendo de aquellos países sus más importantes provincias, que les produjeron soldados valerosísimos, capitanes y escritores de primera marca, inmensas riquezas y todo género de delicias, con su clima benigno y apacible y con su feracísimo terreno. En él levantaron los romanos grandes y poderosas ciudades, cuyas magníficas ruinas y la extension de sus circos y anfiteatros manifiestan lo crecido y rico de sus poblaciones; como los restos de sus quintas, termas y jardines recuerdan que los patricios, y cónsules, y emperadores buscaban en aquellas privilegiadas tierras el descanso de sus fatigas, y la salud, y el reposo, que les negaba la bulliciosa Roma y sus estériles campiñas.

Provincias romanas Nápoles y Sicilia corrieron, como era natural, las varias vicisitudes de su dominadora; y dividido el poder de ésta en dos imperios, y debilitados ambos con el peso de la tiranía y con la depravacion de costumbres, presentaron á los bárbaros ancho campo para sus devastadoras irrupciones.

Los hérulos, capitaneados por Odoacro, dieron la primer arremetida al imperio de Occidente; y luégo los godos se apoderaron de toda Italia, desde los Alpes hasta Reggio, y fueron señores absolutos de ella hasta que el emperador de Oriente, Justiniano, envió á Belisario y á Narsés con poderoso ejército á quitarles la presa. Consiguiéronlo despues de una guerra encarnizada, que duró diez y ocho años, ganando en las faldas del Vesubio una reñida batalla, en que murieron los príncipes godos Totila y Teia. La dominacion bárbara no habia alterado la organizacion de la parte meridional de Italia; pero al caer en el dominio del imperio de Oriente padeció un completo trastorno, dividiéndola en distintas provincias, cuyos supremos gobernadores tomaron el título de duques, dependientes del Exarcado de Rávena, representante del Emperador.

La Sicilia entre tanto fué invadida por los vándalos mandados por el feroz Genserico; pero las victorias de Belisario la libertaron de su durísima tiranía.

Narsés, potentísimo en Italia, como su restaurador, se indispuso con la corte de Constantinopla; y por venganza de sus ofensas, excitó á los longobardos, habitantes de Panonia, á invadir la Italia. Verificáronlo luégo mandados por su rey Alboino, y se apoderaron de casi toda, dejando á los griegos algunas posesiones (568). Y fueron los establecedores del sistema feudal en aquellos países.

Antes que los longobardos se enseñorearan del territorio de Nápoles, la isla fué presa de los sarracenos despues de vigorosísima defensa; y ganó mucho bajo su dominacion aquella isla, desarrollando de un modo notable su agricultura, su navegacion y su comercio.

Entrado el siglo VIII ocupó el trono de Francia Carlo-Magno, y lo llamó en su ayuda el Pontífice, que en lucha con los iconoclastas, se veía muy apretado por los bárbaros, poseedores de casi toda Italia. Acudió á su amparo y defensa el famosísimo monarca francés, que logró pronto la completa destruccion de los longobardos, arrojándolos á los Alpes. En premio de lo cual y en agradecimiento á las grandes donaciones que hizo á la Iglesia Carlo-Magno, le dió el Padre Santo la investidura de emperador de Occidente, desapareciendo con esto del todo la dependencia de Constantinopla, aun representada por el impotente y caduco Exarcado de Rávena.

Repuestos los longobardos al pié de los Alpes, atormentaron pronto á Italia con sus continuas correrías, miéntras que los griegos hacian en sus costas continuos desembarcos, y que el ducado de Benevento era teatro de encarnizadísima guerra. Desórden general de que aprovechándose los sarracenos, señores de Sicilia, pasaron el estrecho, y se hicieron dueños de algunas ciudades de Puglia y de Calabria, esparciendo el terror en aquellas costas.

II

A fines del siglo IX los normandos, habitadores de las riberas del Báltico, despues de ejercer la piratería en los mares y playas del Norte, entraron tierra adentro, con tan buena fortuna que llegaron á invadir á Francia y lograron afirmarse en su territorio, pues Cárlos *el Simple*, que no supo combatirlos y escarmentarlos, les concedió las tierras que forman la provincia llamada Normandía. Allí se establecieron y consolidaron, se afirmaron en el cristianismo, y adquirieron mayor consistencia y más estable poderío.

Establecidos así los normandos no renunciaron á sus instintos guerreros, á su necesidad de movimiento; y miéntras guerreaban con sus vecinos, se extendian tambien por Italia, ya como mercaderes, ya como peregrinos que iban á los Santos Lugares. Acaeció que unos cuarenta de ellos, el año 1016, llegaron reunidos á Salerno, de vuelta de Oriente, en el punto mismo en que los sarracenos embestian la ciudad. Desanimados los habitantes, iban á entregarse á los invasores; pero animados y capitaneados por los peregrinos, se defendieron valerosamente y rechazaron á sus enemigos con espantosa carnicería. Prosiguieron en seguida su viaje los huéspedes, ricamente recompensados, y ofreciendo volver en mayor número siempre que necesitasen de su ayuda aquellas ciudades italianas.

Veintidos años despues, tres hijos de Tancredo de Altavilla, señor de Normandía, excitados por los elogios que del clima y fertilidad de Italia hacian los peregrinos, marcharon á ella, llegaron al territorio napolitano con buen golpe de aventureros y entraron al servicio de los príncipes de Cápua y Salerno. Llamábanse estos tres hermanos Guillermo, Dragon y Umfredo. Y reconocida su valentía y pericia militar, fueron solicitados para servir á sus discordias por varios duques y príncipes de la tierra; y últimamente por los griegos, que aun conservaban con gran trabajo algunos establecimientos en Puglia, para que los ayudasen á reconquistar á Sicilia. Concertáronse y pasaron en aquella isla, consiguiendo importantísimas victorias. Pero como los griegos no les cumpliesen luégo lo pactado, y hasta los afrentasen, desconociendo sus servicios, retiráronse muy desabridos de aquella empresa. Y no queriendo ya someterse á la condicion dura de mercenarios, resolvieron guerrear por cuenta propia. Y cayendo sobre la Puglia, para vengarse de los griegos, los arrojaron de ella y se tituló conde de aquel territorio el primogénito de los Altavillas, Guillermo apellidado *Brazo de hierro* (1046). – Muerto este, y asesinado Dragon por los alevosos griegos, tomó el supremo mando Umfredo, vengó completamente á su hermano y extendió notablemente sus conquistas.

El poder y engrandecimiento de aquellos advenedizos empezó á despertar recelos en el Pontífice, cuya importancia política y cuyo dominio territorial eran ya muy grandes en Italia; y trató de sujetarlos, valiéndose de las armas espirituales y temporales. Mas habiendo logrado los normandos apoderarse, ó por fuerza ó por astucia, de la persona del Papa, lo trataron con tal sumision y tanta reverencia, que se lo hicieron suyo; y consiguió Umfredo que le concediera la investidura de señor, no sólo de Puglia, sino tambien de Calabria, de Sicilia y de cuantas tierras conquistara. Acontecimiento notable que, al mismo tiempo que legitimó, segun las doctrinas de entónces, la dominacion normanda, dió al pontífice romano derecho de alta soberanía sobre los príncipes que gobernaran aquellos países.

Roberto Guiscardo y Rugerio, otros dos hijos de Tancredo Altavilla, llegaron con nuevas tropas de aventureros á acalorar la empresa del hermano y de sus compatriotas. Y éstos fueron los verdaderos fundadores de los reinos de Nápoles y Sicilia, que luégo unas veces se reunieron y otras se separaron.

Muerto Umfredo, quedó Guiscardo con el señorío de Nápoles, y Rugerio conquistó en poco tiempo la isla de Sicilia y se estableció en ella, tomando ambos la investidura, dada con mucho gusto por el Papa, que miraba con aficion á los normandos, tanto por su amor á la religion cuanto por sus larguezas con la iglesia romana. Añadió Roberto á sus señoríos los principados de Salerno y de Amalfi; y queriendo hacer lo mismo con el de Benevento, desistió de ello por no ofender al Papa, á ruegos del abad de Montecasino. Y á poco defendió el trono pontifical de los ataques del Emperador, que llegaron hasta el punto de poner cerco á Roma.

Rugerio en tanto era, con título de conde, soberano de Sicilia, y á su muerte, acaecida el año de 1101, dejó el poder supremo á su hijo del mismo nombre. Roberto Guiscardo falleció á poco, y disputaron la herencia sus dos hijos, Boemundo y Rugerio; la obtuvo éste por pocos dias y la dejó á su hijo Guillermo, quien murió sin sucesion. Entónces Rugerio, el de Sicilia, como heredero, se presentó á reclamar el dominio de Nápoles. Se le opuso el Papa ayudado por muchos de los barones, y ambos partidos apelaron á las armas. Pero Rugerio, tan entendido guerrero como sagaz político, evitó todo encuentro y se manejó tan diestramente que al cabo consiguió la investidura y la posesion de aquellos Estados. Pero toda su ambicion era el título de rey, y cuando poco despues se dividió la Iglesia entre Inocencio y Anacleto, declarado luégo antipapa, éste, por tener á Rugerio de su parte, le dió lo que apetecia, y lo coronó, por medio de un legado, en la catedral de Palermo, como rey de Sicilia y de todos los dominios de Roberto Guiscardo.

Asegurado luégo Inocencio en el trono pontificio, llamó al emperador Lotario para combatir al que osaba llamarse rey de Sicilia. Este corrió á la defensa de su derecho, y lo hizo tan bien que logró apoderarse del Papa y obligarlo á que lo reconociese é invistiese, no sólo como rey de Sicilia, sino

---

(1) Escrita para la importante y lujosa obra titulada: *Reyes contemporáneos.*